

sé si esa es la manera adecuada de llamarla: era rubia, y muy joven, y si no hubiese estado tan despeinada y tan flaca y con esa cara de desaliento... Eso era lo peor, la cara, esa impresión que daba de que iba a seguir errando entre los autos como si ninguna cosa en el mundo le importara.

Hizo una pausa y miró al hombre, que hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza, como autorizándola a seguir.

—Había autos, ¿le dije que había autos?, un embotellamiento o algo así. Yo estaba en Buenos Aires con mi marido y con mi... Perdón, me había olvidado de decirle que hacía un calor espantoso, así no va a entender nada. El auto estaba atascado y el sol pegaba de frente así que yo saqué la cabeza por la ventanilla para respirar un poco. Entonces fue que la vi, mirándonos a todos con una indiferencia que daba miedo. Mi marido no la vio, es decir, no sé si la vio porque no me comentó nada, a él no le llaman la atención estas cosas. Estaba bien vestida, ¿se da cuenta de lo que le quiero decir?, una blusa y una pollera ajadas y muy sucias, pero se notaba a la legua que eran buena ropa. Estaba ahí, entre los autos, y ni siquiera hacía el ademán de pedir, por eso no sé si está bien llamarla pordiosera. Era como si un buen día, así como estaba, hubiese cerrado la puerta de su casa con todo lo que había adentro: el marido, las fuentecitas de plata, esas imbéciles reuniones de matrimonios, todo lo que odiaba, ¿se da cuenta? Al chico no, ahí tiene, ahí se da cuenta de que al chico en realidad no lo odiaba. Le resultaba pesado, simplemente, más con ese calor. Pero odiarlo no lo odiaba. Al fin y al cabo se lo había traído con ella.

—Disculpe, me parece que me perdí, ¿qué chico?

—El chico —dijo con fastidio la señora Eloísa—, ya le dije al principio que llevaba un chico, que estaba ahí, en medio de los autos, con el chico en brazos y mirándonos con esa cara de. Un bebé grande y muy rubio, rubio como la mujer, y gordo, demasiado gordo para cargarlo con ese calor, ¿entiende lo que le quiero decir? No me diga nada, yo sé que no puede entenderlo, por más que se esfuerce. A usted le parece que sí, que lo entiende lo más bien, pero hay que cargar con una criatura cuando una está cansada y tiene calor, para saber lo que es. Y eso que yo estaba sentada, no como la mujer, sentada lo más cómoda en el auto. Pero igual sentía el peso sobre las piernas, y la pollera pegoteada, y encima mi beba que lloraba como si la estuvieran... —miró con desconfianza al hombre, que parecía a punto de decir algo; ella no le dio tiempo—. Pero la mujer ni siquiera estaba sentada y a mí me parece que la espalda le debía estar doliendo terriblemente. No tenía cara de dolor, tenía cara de indiferencia, pero yo igual me daba cuenta de que la criatura era demasiado pesada para ella.

Se quedó en silencio, un poco absorta.

El hombre se aclaró la garganta.

—¿Era la que se va a casar?— dijo.

La señora Eloísa lo miró, perpleja.

—No entiendo lo que me quiere decir.

—Su beba, dijo, se me ocurrió. La que llevaba en brazos, ¿era la que se va a casar?

—Yo nunca dije eso —dijo ella con violencia.

—Perdón, no sé. Como dijo que lloraba.

—No, no me entendió. Y dije muy claramente que era gordo y que a la mujer le debía doler la espalda. Pero nunca dije que llorara. ¿Que iba a ponerse a llorar en cualquier momento? Eso puede ser: todos lloran. ¿Vio con qué desesperación lloran cuando una piensa que tienen todo lo que quieren y no se puede dar cuenta de lo que les pasa? Ese día hacía calor, un calor intolerable. Y el cielo era de un azul que lastimaba, un azul con el que una podría ser feliz si estuviera sola, o al lado de alguien muy — giró la cabeza hacia el hombre. Dijo con ira: —Si una no tuviera que cargar sobre la falda a una beba que llora sin motivo —se pasó una mano por la frente como si estuviera espantando un insecto—. La mujer no hacía ningún gesto, seguía ahí parada con su aire de abandono, pero yo adiviné en seguida que estaba enfurecida. Quería tirar al chico, arrojarlo contra algo, pero no porque lo odiara. Quería tirarlo porque le pesaba mucho y hacía calor, ¿se da cuenta? No se puede soportar ese calor, y el peso, y el terror de que se pongan a llorar en cualquier momento.

Y se puso a mirar la lluvia como si nunca hubiese hablado.

El hombre se movió en el asiento. Al fin dijo:

—¿Y entonces qué pasó?

Ella se volvió hacia el hombre con irritación.

—¿Cómo *qué* pasó? Eso pasó, ¿le parece poco? Una mujer muy cansada y con esa ropa tan linda, no sé, como si un buen día se hubiese dado cuenta de que estaba harta de todo. Entonces agarró al chico, cerró bien cerrada la puerta de su casa, y se fue. Así de simple. Ya sé que resulta difícil entenderlo pero así es la vida. Se puede estar corriendo una cortina, o comiendo un bizcocho, y de pronto una se da cuenta de que no da más. ¿Usted sabe lo que es una criatura que llora todo el día y toda la noche? Una criatura es algo demasiado pesado para el cuerpo de una mujer. Después, con los otros una se acostumbra, ¿como decirle?, se doblega. Pero al principio es tan exasperante. Una resiste, no crea, y cada mañana se repite a sí misma que todo está bien, que tiene todo lo que una mujer puede soñar. Cosas que da vergüenza confesarlas, hasta eso se llega a pensar: en la envidia de las otras mujeres. En cómo le deben envidiar a una las otras

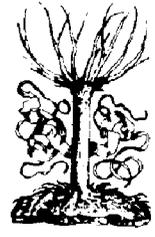
mujeres este marido tan atento y esta casa tan comfortable y esta beba tan gordita. Cosas así piensa una para tranquilizarse. Pero un buen día algo se suelta. La beba que no para de llorar, o el calor, no sé. Como después no me dejaron hablar hasta yo terminé creyendo que fue un accidente. No entiendo por qué. Si lo único que yo quería explicarles era que no la odiaba, cómo la iba a odiar si era mi... ¿usted por lo menos me entiende? Simplemente la estrellé contra el suelo porque me pesaba demasiado, me pesaba más de lo que mi cuerpo podía resistir.

Estaba muy cansada. Pensó que le faltarían las fuerzas, sencillamente le faltarían las fuerzas para seguir hablando el resto del camino.

—Quiero bajarme— dijo.

El hombre frenó en silencio... Debía tener mucho apuro por alejarse porque sólo la miró una vez, parada bajo la lluvia en la banquina, y arrancó en seguida. Ni siquiera le avisó que se olvidaba la pequeña valija de lagarto en el asiento de atrás. Mejor, esa valija era demasiado pesada para ella.

Liliana Heker



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Arbor

FEBRERO 1996

Francisco Mora:
Neurociencia y Pensamiento.
Introducción.

José María Delgado García:
¿Para qué mover los ojos si ya
movemos la cabeza?

Alberto Ferrús:
Cerebro y genoma: dos lecturas
paralelas.

Antonio G. García y Luis Gandía:
Bioquímica y farmacología de la
neurotransmisión sináptica.

Manuel Nieto Sampietro:
Plasticidad neural: del aprendizaje a
la reparación de lesiones.

Jesús Flórez:
Cerebro, atracción y deseo.

Luis Puelles:
Desarrollo y plasticidad neurales.
Implicaciones para la teoría
materialista emergente de la mente.

Francisco Mora:
Neurociencias: ¿Hacia una nueva
concepción del hombre?

MARZO 1996

*Roberto Moreno, Ana Romero,
Fernando Redrajo:*
La Recuperación de la
instrumentación científico-histórica
del Consejo Superior de
Investigaciones Científicas.

Emilio Muñoz:
Agricultura y Biodiversidad:
Biotecnología y su relación
conflictiva con el medio ambiente.

Ramón Lapiedra:
Psicoanálisis y ciencia: tres
cuestiones epistemológicas.

Javier Aracil:
Realidad y representación mediante
sistemas dinámicos.

Pedro García Barreno:
El hospital General de Madrid. Su
primer reglamento (1589).

Rafael E. Tarragó: El partido liberal
autonomista y José Martí.

ABRIL-MAYO 1996

EN TORNO A CIENCIA Y TECNICA EN
LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LOS
SIGLOS XVI Y XVII DE JOSE M^o LOPEZ
PIÑERO

José Manuel Sánchez Ron:
«Presentación».

José María López Piñero: «Tradición
y discontinuidad en España de la
historiografía de la ciencia».

Pedro Lain Entralgo: «José María
López Piñero y la historia de la
ciencia española».

F. Javier Puerto Sarmiento: «Un
clásico contemporáneo».

Mariano Esteban Piñero: «Ciencia y
técnica...», fuente y guía para la
investigación sobre la Ciencia y la
Técnica en el Siglo de Oro».

Thomas F. Glick: «López Piñero y
Robert Merton: Ciencia, técnica,
motivación, decadencia».

Luis García Ballester: «Naturaleza y
ciencia en la Castilla del siglo XIII.
Los orígenes de una tradición: los
Studia franciscano y dominico de
Santiago de Compostela (1222-
1230)».

Jon Arrizabalaga: «Práctica y teoría
en la medicina universitaria de
finales del siglo XV: El tratamiento
del mal francés en la corte papal de
Alejandro VI Borgia».

Rafael Chabrán: «López Piñero y la
historia natural: Las aportaciones de
Francisco Hernández».

Victor Navarro Brotóns: «La ciencia
en la España del siglo XVII:
El cultivo de las disciplinas
físico-matemáticas».

Antonio Domínguez Ortiz: «La
Inquisición y los Ilustrados
sevillanos: Las ciencias para leer
libros prohibidos».

DIRECTOR

Miguel Angel Quintanilla

DIRECTOR ADJUNTO

José M. Sánchez Ron

REDACCION

*Vitrubio, 8 - 28006 MADRID
Teléf. (91) 561 66 51*

SUSCRIPCIONES

*Servicio de Publicaciones de
C.S.I.C.*

*Vitrubio, 8 - 28006 MADRID
Teléf. (91) 561 28 33*

Arbor

ciencia

pensamiento

y cultura